

Pedro González, un casteador de honor y ‘palabra’ en Tinajo, Lanzarote.

La primera vez que me presentaron a Pedro González fue en 2019, aunque no sería hasta el año 2024 cuando nos sentamos a hablar tranquilamente. En aquellos días llegué a Tinajo acompañando a un grupo de jóvenes casteadores teldenses, a quienes Pedro había ofrecido generosamente sus instalaciones para guardar sus gallos durante los días del reconocido torneo gallístico de Tegui, “El Pollo de Oro”. Tal como me había anticipado Manuel Ojeda, otro casteador de Telde, este señor conejero nos recibió con una hospitalidad desinteresada, sin pedir nada a cambio. En aquel patio y bodega se tejieron conversaciones profundas, en las que la memoria viajaba a otro tiempo, a un pasado no tan lejano...

Pedro tenía apenas unos años cuando su vecino, empleado en la antigua casa de gallos de Arrecife, lo llevó por primera vez a aquel recinto donde se escuchaban los cantos de unos gallos ingleses. La gallera, situada a pocos pasos de su casa, se convirtió muy pronto en su refugio. “Era un chiquillo”, repite varias veces, como para marcar la distancia temporal entre aquel tiempo de aprendizaje y el presente, atravesado por la nostalgia.

Desde entonces, su infancia quedó literalmente “enredada en la casa de gallos”. No era raro verlo ayudando al gallero, sujetando aves o colaborando con los preparativos de las peleas. “Me gustaron tanto los gallos que siempre andaba por allí”, confiesa entre sonrisas. En aquellos días, los gallos eran propiedad de abogados, médicos y otras figuras pudientes que confiaban en los criadores del campo para cuidar sus animales. Se criaban sueltos, entre cuadras y estiércol, en medio del campo donde el prestigio aún se medía por la nobleza más que por títulos o papeles.

A la par que su afición por los gallos, crecía su implicación en el taller de carpintería familiar. “Mi padre me mandaba a la ferretería y yo siempre pasaba por la gallera, ¡siempre!” recuerda. Ese ir y venir entre los clavos, la madera y las jaulas fue también el inicio de una forma de vida. La calle Cienfuegos, en Arrecife, donde estaba la carpintería, era también la vía de paso de sus amistades, como la de “Garrincha”, un gallero vecino que acabaría marcando profundamente su juventud por su sabiduría.

La vida doméstica tampoco escapaba al influjo gallístico. Su madre, acostumbrada a preparar estofados y sopas con los gallos que no sobrevivían a las peleas, completaba así una economía modesta y muy austera. “No había carne, no había nada...”, cuenta Quico, y evoca con cariño la figura de su padre, al que reservaban la leche de la cabra porque “era el que trabajaba”, mientras a los niños se les daba agua de pasote con gofio. La lógica del sustento estaba clara: mantener al sostén de la familia, asegurar la fuerza del que proveía.

En ese entorno de trabajo, animales, y afectos repartidos por función y necesidad, surgió también su apodo. “Quico”, le decían sus hermanas para distinguirlo de su padre, también llamado Pedro. Así más tarde se asoció su figura al lugar de adopción por matrimonio, en el Rofero, Tinajo, con lo que quedó para siempre este nombre en la memoria oral de Lanzarote y entre los galleros de todas las islas. Pedro González, conocido a partir de ahí como ‘Quico Rofero’ ofrece un retrato de su infancia atravesada por la afición gallística y el trabajo familiar, en un contexto donde la transmisión del conocimiento pasaba por la observación, la práctica directa y la vida compartida con casteadores mayores.

La juventud de Pedro transcurrió entre el serrín de la carpintería y el bullicio de las casas de gallos, en una Arrecife de Lanzarote donde aún se respiraba el compás lento del trabajo artesanal y la sociabilidad campesina. Ya no era solo “el chiquillo” que ayudaba al gallero; ahora era un joven casteador en formación, que combinaba los encargos del taller familiar con horas de observación y ‘cuida’ animal. “Yo trabajaba con mi padre, pero siempre me escapaba para pasar por la gallera”, rememora. En aquel tránsito diario, no solo se impregnó de la técnica, sino también del ambiente de valores que rodeaba a los casteadores: el respeto, la palabra dada como norma, y el gallo como expresión viva del carácter. A esa edad empezó también a entrenar gallos por encargo, a recibir animales de otros galleros que confiaban en su mirada aún joven pero ya experta. “Me daban siete gallos y me decían: ‘corre estos tú, prepáralos’”. Con una mona de trapo y un cachiporro en la mano, los soltaba en un patio, los alegraba, los observaba. En ese gesto atento y paciente se estaba formando ya su ojo como buen casteador.

Fue también en su juventud cuando empezó a cosechar sus primeras victorias, unas riñas ganadas contra la villa de Tegui, líneas de gallos que salían firmes, veloces, encelados... Pero no todos sus referentes fueron modelos a seguir, aprendió de los errores ajenos tanto como de los aciertos. Recuerda con claridad cómo un amigo, Alejandro, aficionado entusiasta, “trabajaba tanto los gallos y durante tanto tiempo, que los traía abajo”. Aquella enseñanza —la de no sobreentrenar, de permitir al animal descansar y recuperar su impulso— fue una de las muchas enseñanzas que marcaron su manera de entender el casteo. Además de las prácticas, aquella época estuvo también atravesada por la reciprocidad y la iniciación en la red gallística. Comenzó a regalar gallinas, a cruzar animales con otros jóvenes casteadores, a observar la descendencia y, sobre todo, a sacar conclusiones. “Yo lo que no hago es engañar a nadie”, dice con firmeza y melancolía, apuntando a una ética del casteo que asume la responsabilidad de entregar lo mejor, sabiendo que “no todo sirve” y que en cada gallo va parte de uno mismo.

En esa etapa, el pundonor se convirtió en un criterio fundamental. Pedro lo describe con ejemplos vividos, gallos que, aun perdiendo, buscan al adversario con inteligencia, “dando la vuelta para picarlo por el lado ciego”. “El gallo bueno no es el que gana, es el que aguanta, el que no se rinde”, sentencia. En esa frase se resume también su modo de estar en el mundo: como gallero, como artesano y como hombre de su tiempo.

Para Pedro González, preparar un gallo no era simplemente una rutina, sino una forma de estar con el animal. A sus ojos, cada gallo requería atención personalizada, paciencia y sentido común. Lejos de los excesos del entrenamiento moderno, él optaba por un trato más sobrio, donde cada gesto debía tener un sentido preciso. “Yo como tenía pocos gallos, les dedicaba tiempo”, dice, recordando cómo los soltaba en un patio para animarlos. Los corría en la valla, les hablaba, los observaba con el ojo atento del que no busca sino respuestas. Era consciente de que el exceso podía desgastar y criticaba a quienes entrenaban con el reloj en mano, sin mirar al animal: “Tanto trabajo los trae abajo”. Para él, el descanso, la buena alimentación y “unos ratitos al sol” eran tan importantes como la actividad. De hecho, relataba cómo algunos gallos que parecían agotados resucitaban tras un mes de reposo, recuperando el impulso que el entrenamiento excesivo les había arrebatado.

La víspera del combate introducía un elemento clave: el encelamiento. Quico colocaba una gallina durante una hora junto al gallo. “Se explaya... porque el gallo pelea por la gallina”, decía. Esta práctica no era solo biológica, sino simbólica pues el gallo se preparaba mentalmente, entraba en

estado de alerta, afinaba su instinto. Lo que se activaba era el deseo por el objetivo, no solo el cuerpo.

La alimentación era otro pilar esencial. Usaba millo canario “el pequeño, como dorado”, al que añadía criadillas de toro o cochino, troceadas, como proteína. Las combinaba con un amasijo hecho de gofio, vitaminas y carne en barra, formando una pasta energética que, según él, “los ponía a tope”. Nada de suplementos industriales, ni fármacos: su receta era de otro tiempo, más próxima a la cocina rural. El cuidado corporal incluía baños y masajes con alcohol y moralillo, una hierba que también curaba eccemas humanos. Dejaba macerar la planta en alcohol y lavar al gallo con esa mezcla era, para Pedro González, una fórmula segura para revitalizar tanto las plumas como la piel y, además, curaba las pequeñas heridas. Su medicina no estaba en la farmacia, sino en la tierra.

Incluso la preparación de las espuelas respondía a un saber técnico, espuelas naturales de gallos mestizos, curadas con grasa y fuego, fijadas con un pegamento casero a base de engrudo negro y cera. La posición exacta de la espuela no se dejaba al azar pues había que mirar al gallo, leer su cuerpo, intuir su estilo. “No es fácil”, decía, “hay que buscar la orientación”. Un gallo listo para pelear debía estar limpio, encelado, animado, pero no roto, y sobre todo, debía tener pundonor. Porque lo que él valoraba no era solo la fuerza o la velocidad, sino el carácter, la capacidad del gallo de mantenerse firme, de buscar al rival, de pensar la pelea. Preparar un gallo, en su caso, era afinar una voluntad.

Cuando Pedro González habla de El Rofero, lo hace como quien recuerda una obra propia, hecha con tiempo y convicción. “Monté mi gallerita aquí”, dice, refiriéndose a su finca en Tinajo, en las laderas volcánicas. Allí nació la gallería El Rofero, bautizada con el mismo nombre del paraje donde vivía. Con otros compañeros, como Nemesio Cabrera y Ricardo Morales, “arreglamos todos los papeles y empezamos a pelear”, recuerda. Después de años en la casa de gallos de Arrecife y en el Volcán, creó un espacio para la pelea, primero en su patio y luego en una gallería formalizada y con estructura. En esa gallería se gestaron temporadas memorables. Como aquella en que enfrentaron a la villa de Tegui, dirigida por un gallero palmero con buen nombre —Francisco, hijo de Arnoldo—, y les ganaron dieciocho gallos en ocho peleas. El recorte de periódico aún cuelga en su pared como un trofeo, “¡Palizas todos los domingos!”, dice con una mezcla de orgullo y humor.

El Rofero no era solo un lugar para competir, sino también para enseñar. Desde allí regalaba gallinas, aconsejaba cruces, observaba peleas ajenas. “Yo empecé a regalar gallinas por aquí”, dice, mientras enumera los nombres de los jóvenes galleros que se beneficiaron de su generosidad, sin que eso le quitara exigencia. “Lo que no me gusta es engañar a nadie”, repite como una consigna ética. En El Rofero, el casteo no era un secreto egoísta, sino una práctica compartida con reglas honestas. El Rofero ha quedado como testimonio físico de una época, y sus viejos casteadores, como figuras de una forma de buen hacer donde la palabra aún valía y el pundonor se cultivaba en los cuerpos tanto como en la memoria.

En el mundo gallístico tradicional canario, la gallería no es solo un recinto donde se celebran peleas. Es, ante todo, un espacio de encuentro, memoria y pertenencia, donde se fraguan relaciones de confianza y formas de transmisión del conocimiento. Pedro concebía la gallería el Rofero de Tinajo, no como una empresa individual sino como una tarea colectiva. Allí se reunían casteadores de todo Lanzarote —y de otras islas— para pechar, observar, intercambiar animales o simplemente compartir. En su testimonio, la gallería aparece como un “nosotros” antes que como un “yo”, con expresiones: “empezamos a pelear”, “regalaba gallinas por aquí”, “montamos la valla”.

En este sentido, la gallera es también una institución. A diferencia de la imagen exterior actual que reduce estas prácticas, lo que se observa en estos espacios es un complejo sistema de reciprocidades donde se recuerda con respeto al que sabía y tenía sabiduría acumulada, al que no engañaba con los casteos, al que ayudaba a un joven casteador sin esperar nada a cambio. La autoridad no se imponía, se ganaba, se reconocía en la práctica, y muchas veces se encarnaba en los cuerpos de los animales tanto como en los de sus cuidadores.

En un mundo donde las instituciones oficiales han ido retirándose o persiguiendo estas formas de sociabilidad rural, la gallera ha funcionado también como refugio identitario y archivo vivo de ‘tradiciones’. Los recortes de prensa pegados a la pared, las viejas espuelas colgadas, los nombres de gallos anotados en libretas, los gestos aprendidos del padre o del vecino, todo ello conforma un dispositivo comunitario de memoria y legitimación.

Pero esa comunidad no es homogénea ni estática. En los relatos de criadores como Pedro González, se percibe una fractura generacional y una cierta melancolía. Se ha perdido “la palabra dada”, dice, el respeto al mayor, la ética del compartir. El gallero ya no se viste de chaqueta ni de corbata, y muchos de los nuevos apenas preguntan a los que somos de otro tiempo, de otra generación y apenas miran al animal. En ese sentido, la gallera también refleja las transformaciones del mundo rural, las tensiones entre tradición y modernidad, entre sabiduría práctica y tecnificación.

Por eso, hablar de las galleras no es hablar solo de peleas. Las personas como Pedro González no son anacronismo, son, en muchos casos, el último bastión de una forma de vida que resiste desde los márgenes, no sin contradicciones, pero con una vitalidad que solo puede comprenderse desde la cercanía. “Hoy ya no es igual”, repite una y otra vez a lo largo de la entrevista, con una mezcla de desánimo y resignación. Su crítica al presente gallístico no es un gesto de nostalgia vacía, sino el diagnóstico de alguien que ha vivido la transformación desde dentro, que ha presidido una gallera, ha casteado generaciones de gallos y ha visto pasar por su patio a decenas de jóvenes y “la juventud ya no es como la de antes”, dice. Pero el problema no es solo de edad, es de formas, de valores, de sentido.

También le inquieta la entrada de nuevas formas externas, que, según él, han roto con las tradiciones previas. No lo hace desde un discurso de rechazo, sino desde la vivencia de un cambio en las formas de sociabilidad y en la estética del combate, pues “antes las peleas eran naturales”. Y, sin embargo, en medio de la decepción persiste en él un tipo de resistencia, aquella de quien aún regala gallinas buenas, transmite consejos y cuida la memoria. No para perpetuar el pasado, sino para recordarle al presente que otra forma de casteo y cuida fue y es posible.

Finalmente, su testimonio articula no solo una memoria biográfica, sino también una ética y una forma de mundo. Desde los primeros días como niño curioso en la casa de gallos de Arrecife, hasta sus años como presidente de la gallera de Tinajo, su relato traza una trayectoria vital profundamente entrelazada con el devenir del casteo en Lanzarote. Pedro González lo que transmite es un modo de relacionarse con los animales y con los otros hombres, donde el pundonor no es solo exigido al gallo, sino también al casteador. Para él, la selección no se hereda ni se improvisa, se cultiva a lo largo del tiempo, se prueba en la práctica, se valida en el gesto generoso y en la palabra del que no traiciona. Nunca ha buscado protagonismo, ofrece su testimonio como quien entrega un legado. Y en esa entrega, humilde y lúcida, hay algo más que información etnográfica, hay una sabiduría situada, una

forma de vida que se resiste a desaparecer del todo mientras alguien como él siga nombrando los gallos por su casta, cuidando su cola brillante, y reconociendo en la pelea no solo carácter, sino historia y comunidad.